

## ESE AROMA MEDIEVAL DE ANTONIO MACHADO

La obra poética de Antonio Machado ha sido examinada desde muy diversos ángulos, y desde todos ellos, entre la fronda tentacular y delicada de su poesía, siempre aparece el sólido tronco, firme y evocador, del mundo medieval. Con frecuencia se han estudiado aspectos aislados de esta faceta histórico-legendaria. Se han apuntado los matices épicos de las descripciones, la presencia de Sem Tob, su afición al romancero y la dedicatoria a Berceo de uno de sus poemas. No obstante, estas observaciones han sido siempre hechas de pasada, al desgaire, como parte de estudios que ambicionaban otras metas.

Estas páginas, hilvanadas después del simposio para que sirvan de colofón a las actas, van a intentar examinar esa presencia medieval en *Campos de Castilla*, y precisar las influencias principales del medioevo en la formación del «alma» castellana, del «alma» de Antonio Machado.

Cuatro son las columnas que sustentan el substrato medieval de *Campos de Castilla*: Gonzalo de Berceo, el Poema del Cid, Jorge Manrique y el Romancero. A ellas tal vez se deba añadir Sem Tob de Carrión. En estas influencias se nos muestra Machado como autor del 98. «Es sabido —afirma Bernard Sesé— que este redescubrimiento de los grandes poemas y de los grandes poetas de la Edad Media —El Poema del Cid, Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita, Jorge Manrique, El Conde Lucanor— es un rasgo característico de los escritores de la Generación del 98»<sup>1</sup>.

\* \* \* \* \*

De Gonzalo de Berceo, con la minuciosidad del alquimista, toma Antonio Machado las esencias de la descripción contemplativa de la naturaleza, la dulzura y gravedad de los versos, la belleza y serenidad de la monotonía simétrica, la humanidad primitiva y eclesial de su iconografía y la apreciación

---

1. BERNARD SESE: *Antonio Machado (1875-1939): El hombre, el poeta, el pensador* (Madrid: Editorial Gredos, 1980), pág. 380.

de la poesía como una emanación del corazón. Todos ellos son rasgos arteriales no sólo de *Campos de Castilla*, sino de toda la obra poética machadiana.

La descripción contemplativa de la naturaleza está en íntima relación con el prado descrito por Berceo en la introducción de los *Milagros de Nuestra Señora*<sup>2</sup>. Antonio Machado nos habla de ello en «Mis poetas»:

El primero es Gonzalo de Berceo llamado,  
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,  
que yendo en romería acaeció en un prado  
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino  
(pág. 179)<sup>3</sup>

En Berceo la descripción tiene un contenido simbólico-alegórico que no coincide con la interpretación del paisaje machadiano, pero sí con su finalidad. Para Berceo el prado es el símbolo de la Virgen Gloriosa, las fuentes son los evangelios, los árboles son milagros y las aves cantoras los padres de la Iglesia. Ese conjunto que pasa por la Virgen es el sendero hacia Dios. De todo este bosque de imágenes se limita Machado a tomar árboles, fuentes, aves y sierras, como reflejos del alma, como expresión sublime de la belleza, como camino hacia esa Sublime Belleza que hace las veces de Dios en él. Esas virtudes son las que deja plasmadas junto al paisaje cuando habla del «humilde prado» (pág. 43), la «tierra triste y noble» (pág. 44), los «páramos de asceta» (pág. 47). ¿No son las pardas encinas «humildad y fortaleza» (pág. 54)? ¿No dice el roble de «valor y el coraje» (pág. 54)? El paisaje es alma y se funden en él tierra y espíritu.

Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,  
por los floridos valles, mi corazón te lleva  
(pág. 104)

Con espíritu monástico nos invita a meditar y contemplar:

La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.  
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?  
(pág. 142)

Su «Profesión de fe» es otro intento de acercamiento a Dios a través del paisaje:

---

2. GONZALO DE BERCEO: *Milagros de Nuestra Señora* (Madrid: Espasa-Calpe, 1947), quinta edición, 1969, págs. 9 a 15.

3. La edición de *Campos de Castilla* que se citará en este trabajo es la de José Luis Cano, publicada por Cátedra (Madrid, 1982).

Dios no es el mar, está en el mar; riela  
 como luna en el agua, o parece  
 como una blanca vela;  
 en el mar se despierta o se adormece.  
 Creó la mar, y nace  
 de la mar cual la nube y la tormenta;  
 es el Criador y la criatura lo hace;  
 su aliento es alma, y por el alma alienta

(pág. 155)

La ortodoxia de estos versos ante la moral católica tradicional es, como casi siempre en él, incierta. No así el espíritu de búsqueda sincera que anima su contenido.

Nos dice Berceo en los *Milagros de Nuestra Señora*:

Yo maestro Gonçalvo de Verçeo nomnado  
 lendo en romeria acaeçi en un prado  
 Verde e bien sençido, de flores bien poblado,  
 Logar cobdiçiaduero pora omne cansado<sup>4</sup>

¿No se inspira en él Machado cuando dice en «Orillas del Duero»?:

¡Primavera soriana, primavera  
 humilde, como el sueño de un bendito,  
 de un pobre caminante que durmiera  
 de cansancio en un páramo infinito!

(pág. 52)

El «prado verde y bien sençido» se ha transformado en un «páramo infinito». El *locus amoenus* ha dejado de serlo y se ha transformado en un paisaje verdadero de Castilla, en un «páramo». Sin embargo, el adjetivo «infinito» vuelve a poner al peregrino en contacto con Dios. Castilla-páramo cumple la función de medianera entre el hombre y Dios en ese adjetivo «infinito», función que en Berceo lleva a cabo la Virgen María simbolizada por el «prado».

*La dulzura y gravedad de los versos.* «Su verso es dulce y grave» (pág. 179) dice Machado de Berceo, y de sí mismo «pero mi verso brota de manantial sereno» (pág. 41). ¿No se nota esa suavidad y armonía en cualquiera de sus versos?:

4. GONZALO DE BERCEO, pág. 10.

A través de la neblina  
 que forma la lluvia fina,  
 se divisa un prado verde,  
 y un encinar se esfumina,  
 y una sierra gris se pierde

(pág. 59)

¿No son «pardas» las «sementeras» (pág. 59), «plomiza» la «tierra» (pág. 60) y «de guata y ceniza» las «nubes» (pág. 60), «doradas» las «alamedas» (página 66), «humildes» las «praderas» (pág. 66)? ¿No «rie» el «agua» (pág. 70), no «sueña» y «pasa» (pág. 70)? ¿No pone su afecto en los tiernos diminutivos?: «verdes pradillos» (pág. 71), «el huertecillo» (pág. 71), «pardos borriquillos» (pág. 72), «doncellitas» (pág. 73). ¿No es grave el caballero enlutado del poema CXVII de *Campos de Castilla*? ¿No es tal vez éste un autorretrato? No puede ser de otra manera cuando se escribe desde el fondo del alma, cuando se aman «los mundos sutiles / ingrátidos y gentiles» (pág. 139).

*La belleza y serenidad de la monotonía simétrica.* Los versos de Berceo quedan descritos por Machado como

monótonas hileras  
 de chopos invernales en donde nada brilla;  
 renglones como surcos en pardas sementeras,  
 y lejos, las montañas azules de Castilla

(pág. 179)

Aunque la comparación de la cadencia repetitiva de la «cuaderna vía» con los «surcos en pardas sementeras» y con las «hileras de chopos» tiene un gran valor visual, los versos de Berceo distan mucho en cuanto al contenido de esa «monotonía». El valor iconográfico de las personas que se describen en los milagros tiene los fuertes colores de un retablo. No obstante, es la sencillez del verso, la repetición, lo que atrae a Machado, la simplicidad, la carencia de barroquismo:

¡El campo andaluz, peinado  
 por el sol canicular  
 de loma en loma rayado  
 de olivar y de olivar!

(pág. 128)

En la monotonía se percibe con más profundidad la fugacidad de la vida:

Tic-tac, tic-tac... Ya pasó  
 un día como otro día,  
 dice la monotonía  
 del reló

(pág. 123)

En realidad en todo el poema se utiliza la monotonía para llegar a la meditación y a la observación de la belleza. No en balde se titula «Meditaciones rurales» (pág. 118), y es de carácter eminentemente contemplativo.

*La humanidad primitiva y eclesial de su iconografía.* «El nos cuenta el repaire del romero cansado» (pág. 179), dice Machado de Berceo. Los retablos de las iglesias góticas y los frescos de las románicas están cubiertos de figuras de trazado sencillo, de colores elementales que producen una fuerte impresión. Los *Milagros* de Berceo están hechos de una misma manera, tal vez inspirados no sólo en los libros latinos que él tradujo, sino en esos frescos, retablos y «ex votos» de las ermitas castellanas. Por él desfilan el sacristán impúdico, el ladrón devoto, el romero de Santiago, el clérigo ignorante, el labrador avaro, el náufrago salvado. Todos ellos portan consejas sobre el vicio y la virtud. Del mismo modo Antonio Machado nos describe a la monjita virginal (págs. 67-68), un criminal parricida (págs. 64-65), un loco (pág. 61), un caballero en su «Fantasía iconográfica» (pág. 63), el sembrador de «Noviembre 1913» (pág. 124), símbolo del trabajo que da fruto, los hermanos Alvar-gonzález movidos por la codicia y la envidia, el «hombre del casino provinciano» (pág. 126), fruta vana de España, Don Guido, ejemplo de la vaciedad del «señorito andaluz» (pág. 132), la mujer manchega (pág. 135), que encarna las virtudes de la Mancha. Aunque no haya en Machado milagros de la Virgen, sus personajes tienen las mismas características iconográficas que los de Berceo, la misma simplicidad de líneas, los mismos colores básicos, y como en él son portadores de un mensaje sobre la virtud o el vicio. Como las iglesias, llega su libro a incluir a Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Eso sí, sin el «San», secularizados y como símbolos de espíritus sublimes, pero en cualquier caso personajes de retablo:

¡Teresa, alma de fuego,  
Juan de la Cruz, espíritu de llama  
(pág. 143)

Aparte de los casos citados hay tres ejemplos que merecen atención especial. El primero está contenido en el poema «Por tierras de España». Es sabido que estos versos llevaron en su primera impresión el título: «Por tierras de Soria». Los sorianos se sintieron ofendidos y el poema apareció posteriormente con el título que conocemos, en desagravio.

Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto,  
hundidos, recelosos, móviles; y trazadas  
cual arco de ballesta, en el semblante enjuto  
de pómulos salientes, las cejas muy pobladas.  
Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,  
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,  
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,  
esclava de los siete pecados capitales.

Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,  
 guarda su presa y llora la que el vecino alcanza;  
 ni para su infortunio ni goza su riqueza;  
 le hieren y acongojan fortuna y malandanza.

(pág. 46)

En los retablos y en las figuras iconográficas de Berceo se describen de una misma forma con esos mismos colores, tanto el bien como el mal. Demonios, borrachos, violadores y ladrones aparecen mezclados con santos y abades. Estos versos de Machado sólo tienen explicación dentro de esta visión iconográfica y eclesial que tiene como fin la más viva descripción de vicios y virtudes. Su fuente es Berceo.

El segundo caso es ese misterioso bufón que aparece en «Mi bufón» (pág. 158), al igual que los demonios rojos y esperpénticos de los retablos o los que arrebatan al Labrador avaro de Berceo:

En soga de diablos fue luego cativado,  
 Rastravanlo por tienllas, de cozes bien sovado,  
 Pechavanli a duplo el pan que dió mudado<sup>5</sup>

Una figura semejante es la que describe Antonio Machado:

El demonio de mis sueños  
 rie con sus labios rojos,  
 sus negros y vivos ojos,  
 sus dientes finos, pequeños.  
 Y jovial y picaresco  
 se lanza a un baile grotesco,  
 luciendo el cuerpo deforme  
 y su enorme  
 joroba. Es feo y barbudo,  
 y chiquitín y panzudo

No cabe duda de que son figuras labradas de la misma madera que las de Berceo.

Por último, el parricida descrito en «Un criminal» (págs. 64 y 65) es paralelo a muchas de las descripciones de monjes, abades y abadesas que caen en pecado en los *Milagros de Nuestra Señora*.

Devoto de María  
 madre de pecadores,  
 por Burgos bachiller en teología,  
 presto a tomar las órdenes menores

5. GONZALO DE BERCEO, pág. 52.

Esa devoción a María del seminarista machadiano era la esperanza salvadora de los personajes descritos por Berceo.

*La apreciación de la poesía como una emanación del corazón* es propia de Berceo, según Machado:

Copiando historias viejas, nos dice su dictado,  
mientras le sale afuera la luz del corazón

(pág. 179)

En 1917 escribía Machado un prólogo a «Soledades» en el que decía:

Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta al contacto del mundo<sup>6</sup>

Ese «alma», esa «palpitación del espíritu», ¡tan machadianas!, se acerca a la «luz del corazón» de Berceo. Más aún, cuando en el mismo prólogo antes citado nos habla de «vislumbrar las ideas cordiales». Dice de los campos de Soria

me habéis llegado al alma,  
¿o acaso estábais en el fondo de ella?

(pág. 75)

y en sus recuerdos la llama «Tierra de alma» que el poeta lleva en el corazón.

En la esperanza y en la melancolía  
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.  
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,  
por los floridos valles, mi corazón te lleva

(pág. 104)

Además de los aspectos ya señalados, Machado ha sacado de Berceo la humildad y la sencillez de su alma y de su estilo literario. Los dos tienen como norma apartarse del tono pretencioso. Berceo quiere «fer una prosa en román paladino»<sup>7</sup> y Machado alaba *Flor de Santidad*, de Valle-Inclán, diciendo:

6. ANTONIO MACHADO: *Poesías completas* (Madrid: Espasa-Calpe, 1940), duodécima edición, 1969, pág. 8.

7. GONZALO DE BERCEO: *Vida de Santo Domingo de Silos*. Segunda estrofa. Hemos utilizado la edición de Amancio Bolaño Isla, publicada en México por Porrúa en 1965. *Milagros de Nuestra Señora. Vida de Santo Domingo de Silos*.

Esta leyenda en sabio romance campesino,  
ni arcaico ni moderno, por Valle-Inclán escrita,  
revela en los halagos de un viento vespertino  
la santa flor de alma que nunca se marchita

(pág. 174)

La palabra «alma» en Machado es usada con preferencia a «corazón» para indicar un grado de sublimidad superior. Tiene matices religiosos y contemplativos. Castilla queda convertida en un enorme convento en el que se practican la contemplación y la austeridad, la dulzura y la gravedad, pero en cuyas grandiosas soledades aparecen como en las figuras de un retablo o de un «ex voto» personajes primitivos que son portadores de horrendos vicios y de ejemplares virtudes. Eugenio d'Ors llama a Antonio Machado «cultivador delicado de las soledades»<sup>8</sup>, y Enrique Díez-Canedo dice más o menos lo mismo cuando dice de el poeta que «Va naturalmente, a la soledad, el poeta de *Soledades*, como a su mejor, pero no su única amiga»<sup>9</sup>. Todos estos matices son compartidos por Berceo y ese gran monje contemplador Antonio Machado, que llamaba a la soledad «¡Santa soledad!»<sup>10</sup>.

Bernard Sesé pone de manifiesto que

La íntima fusión del alma de los dos poetas, Berceo y Machado, obtenida casi imperceptiblemente por ciertas aproximaciones ante sus personalidades o sus obras, es el efecto más impresionante. «Poeta y peregrino, verso... dulce y suave, las montañas azules de Castilla, el romero cansado, la luz del corazón» todas estas expresiones aplicadas al poeta de *Los Milagros de Nuestra Señora* designan por igual al poeta de Campos de Castilla<sup>11</sup>.

Es lástima que estas observaciones tan acertadas de Bernard Sesé hayan sido utilizadas tan sólo para explicar el poema CL de *Campos de Castilla* titulado «Mis poetas» y que en su acertado estudio no haya explicado la enorme importancia que no sólo en este poema tuvo la influencia de Berceo, sino en la formación de los rasgos principales que animan toda la obra poética de Antonio Machado.

\* \* \* \* \*

Eduardo Marquina estrenó el 5 de marzo de 1908 *Las hijas del Cid*, Menéndez Pidal en 1911 publicó su edición del *Poema del Cid*. En 1912 salía

8. EUGENIO D'ORS: *Nuevo Glosario*, Vol. III, pág. 666.

9. *Obras de Enrique Díez-Canedo, Conversaciones literarias*, edición de Joaquín Mortiz (México, 1964), pág. 189.

10. *Cartas de Antonio Machado a J. R. Jiménez*, estudio de Ricardo Gullón, edición de La Torre (Univ. de Puerto Rico, 1959), pág. 37.

11. BERNARD SESÉ, pág. 381.

*Campos de Castilla* con profundas visiones épicas gestadas en esta recientemente resucitada apreciación del héroe medieval. Se lamenta Machado en el segundo poema de *Campos de Castilla*:

Castilla no es aquella tan generosa un día,  
cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía,  
ufano de su nueva fortuna y opulencia,  
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia

(pág. 44)

La figura del Cid va a encarnarse en la obra de Machado como el prototipo de las virtudes caballerescas que llevaron a la gloriosa expansión de Castilla en la península y allende los mares. En *Campos de Castilla* se percibe su influencia en tres vertientes: el sentimiento territorial, el sentido caballeresco de la vida y el dinamismo estético que imprime a su obra una sensación de continuo movimiento.

El acendrado sentimiento territorial de *Campos de Castilla* comienza a plasmarse en el título mismo. En el *Poema del Cid* son frecuentes las descripciones de las montañas de Castilla:

De noch passan la sierra, vinida es la man,  
e por la loma ayuso pienssan de andar.  
En medio d'una montaña maravillosa e grand  
fizo mio Çid posar e çevada dar<sup>12</sup>.

Aparecen en las cabalgadas por las tierras fronterizas de Castilla «un otero redondo, fuerte e grand»<sup>13</sup>, y con las hijas del Cid «Passan las montañas, que son fieras e grandes»<sup>14</sup> que están cerca de Medinaceli. La proximidad a Soria de Medinaceli y San Esteban de Gormaz de las tierras que el Cid pisó con los suyos contribuyó en Machado a rodear las descripciones de los campos castellanos de un halo de leyenda épica. Aroma que procede más de una sublimación del héroe épico medieval que de una influencia directa y cuantificable de versos específicos del *Poema de Mio Cid*. El poema «A orillas del Duero» (pág. 43) describe a semejanza de los versos recogidos de suso:

Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,  
y una redonda loma cual recamado escudo,  
y cárdenos alcores sobre la parda tierra

12. *Poema de Mio Cid*, edición de Ramón Menéndez Pidal (Madrid: Espasa-Calpe, 1968), 12.ª edición, pág. 129.

13. *Ibid.*, pág. 136.

14. *Ibid.*, pág. 189.

—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra,  
 las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero  
 para formar la corva ballesta de un arquero  
 en torno a Soria. —Soria es una barbacana,  
 hacia Aragón, que tiene la torre castellana.

Las comparaciones de los montes con un escudo, un arnés, una ballesta refuerzan el tono épico; y el carácter fronterizo de Soria con respecto a Aragón es una realidad histórica duradera que también recoge el *Poema del Cid*.

En el mismo poema «A orillas del Duero» en el que se habla de «Myo Cid Rodrigo el de Vivar» y en el que se habla de «Castilla miserable, ayer dominadora», aparece un fantasmagórico mesón:

Hacia el camino blanco está el mesón abierto  
 al campo ensombrecido y al pedregal desierto

(pág. 45)

¿No será ésta por ventura la posada cerrada al Cid por la niña de nueve años? ¿No ha querido Machado abrir esta puerta en el presente miserable de Castilla, esa puerta que estuvo cerrada cuando comenzaba, con el Cid, su etapa dominadora?

¡Que profundo sentimiento ennoblecedor en «Orillas del Duero» (pág. 52) cuando la llama «la tierra de las águilas caudales»! La mujer de Alberto Castilla, profesor de Mount Holyoke, Guadalupe Espinar, profesora a veces y, sobre todo, gran actriz y recitadora envió al simposio una grabación hecha por ella de este poema. Muchos ojos se llenaron de lágrimas involuntarias ante la lectura:

¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!  
 ¡Castilla, tus decrepitas ciudades!  
 ¡La agria melancolía  
 que puebla tus sombrías ciudades!

El punto culminante, el que obtenía el climax era «¡Tierra mía!». Nunca se ha oído recitada una misma palabra con matices más variados que en esta lectura. La palabra «Castilla», que aparece en el poema siete veces, cada vez pronunciada tenía una tonalidad distinta. Como los alcoves y los serrijones de Machado ¡tan iguales y tan distintos! Y todo por la carga de emoción que llevan. La emoción profunda de lo que se quiere contra todo, a pesar de todo y por encima de todo. Porque esta tierra es para Machado «Tierra de alma» (página 104) y aunque decrepita y pobre es portadora de los valores y las virtudes que la llevaron a la Reconquista de la península y la exploración y conquista de América. Es una «tierra triste y noble» (pág. 44). Es la tierra por la que fluirá el Duero:

mientras tengan las sierras su turbante  
de nieve y de tormenta,  
y brille el olifante  
del sol, tras de la nube cenicienta.

(pág. 53)

El turbante del infiel, el olifante del Roldán invasor, la llamada de la aventura heroica. Son las tierras «de Castilla que hizo a España» (pág. 56). Son también las tierras de Castilla que hizo América. ¿Por qué, si no, hace a Miguel Alvargonzález, viajero a las Indias? ¿Por qué, si no, Castilla como el Duero irán siempre hacia el mar físico y hacia el mar ideal?

¿Acaso como tú y por siempre, Duero,  
irá corriendo hacia la mar Castilla?

El sentido caballeresco de la vida se nos muestra en los personajes, en los paisajes, en las virtudes. Entre sus figuras aparecen capitanes, arqueros, jinetes, soldados, guerreros, adalides, ballesteros, señores, cazadores, centinelas, caballeros, hidalgos, conquistadores, indianos, pero, sobre todo, «labriegos con talante de señores» (pág. 165). El pueblo tiene la misma dignidad que el noble. Por ello, todos los seres que habitan Castilla adquieren por este verso un mismo continente sobrio y señorial. Ante el paisaje muestra Machado religiosidad y veneración ante la tierra vieja y decrepita, venida a menos. Adopta ante él la perspectiva que del paisaje tiene el campesino, el guerrero, el monje o el peregrino, una perspectiva contemplativa y medieval.

Las virtudes son las del monje, del labriego o del soldado. Las virtudes épicas aparecen con frecuencia en adjetivos y sustantivos: viril, majestuoso, noble, heroico, dominadora, fecunda, fiero, sanguinario, altivo, caballero, valor, coraje, fortaleza, señor, robustez, elegancia, orgullo, grandeza. Ellas delinean el «alma» de Castilla y la de ese gran caballero que fue Antonio Machado.

¡Castilla varonil, adusta tierra,  
Castilla del desdén contra la suerte,  
Castilla del dolor y de la guerra,  
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

(pág. 52)

Y si la encina es el árbol de su preferencia es porque encierra como su «Castilla mística y guerrera» las virtudes del monje y del soldado: «humildad y fortaleza» (pág. 54).

La perspectiva itinerante del *Poema del Cid* aparece en *Campos de Castilla* con frecuencia. Se suceden montes y ríos, castillos y roquedas. La perspectiva heroica del paisaje descubre su relieve cuando las llanuras son califi-

cadadas de «Bélicas» (pág. 47), el roble refleja «el valor y el coraje» (pág. 54), Soria es «ciudad de señores, soldados o cazadores» (pág. 74), el Urbión «una cimera» (pág. 83). Soria y Burgos «yelmos crestoados» (pág. 83), el resplandor del sol es de «acero» (pág. 105), el Guadalquivir es un «alfanje roto» (página 107) y el Duero traza «su curva de ballesta» (pág. 109). Veamos sobre todo las resonancias épicas en la siguiente descripción:

¡Oh, tú, robusta y serena,  
 eterna encina rural  
 de los negros encinares  
 de la raya aragonesa  
 y las crestas militares  
 de la tierra pamplonesa;  
 encinas de Extremadura,  
 de Castilla que hizo a España

(pág. 56)

La evocación nos transporta a la Castilla medieval cuando efectivamente existían esas crestas militares y se hacía España.

El dinamismo de las grandes cabalgadas del Cid queda recogido en la estética de *Campos de Castilla*. Examínese su poema CIV (pág. 58) en el que habla a la sierra de Guadarrama mientras cabalga camino de Balsain, o el avance por los campos del loco del poema CVI (pág. 61), o el monólogo interior tan dinámico como las visiones externas del viaje «En tren» (pág. 67), o cómo se acentúa el movimiento al inundarse el poeta de sensaciones mientras observa con lentitud de cámara lenta su propio caminar «A orillas del Duero» (pág. 43), o en una «Noche de verano» (pág. 69). Este aspecto es observado por Antonio Fernández Ferrer cuando pone de manifiesto el carácter «itinerante» de los versos y la perspectiva «para-cinematográfica» que la sucesión de planos descriptivos produce en el lector<sup>15</sup>. En el *Poema del Cid* los paisajes se suceden velozmente, el verbo suena al ritmo intenso de las herraduras mientras el Cid cabalga y conquista los pueblos de la frontera Soriana. De la misma forma el tren de Machado queda convertido en «ejército de vagones» (pág. 117) y sus observaciones del paisaje se asemejan a la perspectiva de la hueste cidiana. En otra ocasión «resuella» la máquina como una bestia mientras «El tren camina y camina» (pág. 68).

\* \* \* \* \*

Que el Romancero está presente en la obra de Antonio Machado es una afirmación innecesaria después de la obra de Serrano Poncela titulada *Del*

15. ANTONIO FERNÁNDEZ FERRER: *Campos de Castilla de Antonio Machado* (Barcelona: Editorial Laia, 1982), pág. 48.

*Romancero a Machado* en la que esta influencia queda profusamente examinada<sup>16</sup>. Con frecuencia citadas las palabras de Antonio Machado sobre este punto aclaran dudas:

Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía y quise escribir un nuevo Romancero. A este propósito responde *La tierra de Alvargonzález*. Muy lejos estaba yo de pretender resucitar el género en su sentido tradicional. La confección de nuevos romances viejos —caballerescos o moriscos— no fue nunca de mi agrado, y toda simulación de arcaísmo me parece ridícula. Cierto que yo aprendí a leer en el Romancero general que complió mi buen tío don Agustín Durán; pero mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron; mis romances miran a lo elemental humano, al campo de Castilla, y al libro primero de Moisés, llamado Génesis<sup>17</sup>.

Los paisajes de Antonio Machado salen del Romancero, de Berceo, del *Poema del Cid* y de su sentimiento propio ante el mundo exterior. Sus figuras humanas pasan, con variedad y pintoresquismo, directamente del Romancero a su obra. Se inspira en el pueblo al delinearlas al igual que el Romancero, pero en un pueblo intrahistórico cuyo emplazamiento temporal está difuminado entre las nieblas de la historia. Aparte de los personajes épicos antes mencionados aparece en *Campos de Castilla* múltiples figuras que encajarían en un ambiente medieval: forjadores, arrieros, filósofos, mercaderes, pastores, tahures, benditos, caminantes, poetas y juglares, cazadores, aldeanos, locos, santos, acusados, pecadores, labradores, campesinos, abogados, escribanos, ujieres, monjitas, viajeros, viejos, buhoneros, asesinos, leñadores, carpinteros, venteros, frailes, maestros, sabios, tunos, gitanos, siervos, gañanes, bandoleros, braceros, conquistadores, olivereros, hidalgos, carboneros, bruñidores, pescadores, alfareros, visionarios, romeros, marineros, jardineros, mendigos, boteros, tejedores, arcadores, perailles, rufianes, fulleros, truhanes, toreros, jinetes, bodegueros y trajinantes. Sólo parecen salirse de esta atmósfera medieval, a veces gremial, las figuras del profesor y del indiano. La palabra «profesor» sólo es usada por Machado para referirse a sí mismo, y la de «indiano» para conectar esa Castilla expansiva de la Reconquista con la Castilla del Descubrimiento y de la Conquista, que se movía por un mismo espíritu.

Este carácter sencillo y popular que se refleja en sus hombres tiene el trazado primitivo y básico de un fresco románico, la sencillez y la fuerza de líneas de las figuras del Romancero. De él sale ese gran hombre oscuro y popular que fue Antonio Machado.

\* \* \* \* \*

16. SEGUNDO SERRANO PONCELA: *Del Romancero a Machado* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1962).

17. «Prólogo», *Campos de Castilla*, pág. 38.

La cuarta presencia medieval en la poesía de Antonio Machado es la de Jorge Manrique. De él toma Machado su profunda preocupación por el tema de la muerte, el disfrute sensitivo del vivir y el clima espiritual en el que se plasma el concepto de temporalidad, tanto en su temática como en sus recursos estilísticos. En dos ocasiones menciona Antonio Machado a Jorge Manrique. Ambas fuera de *Campos de Castilla*. La primera en su poema «Glosa» de *Humorismos, Fantasías, Apuntes*:

*Nuestras vidas son los ríos,  
que van a dar a la mar,  
que es el morir. ¡Gran Cantar!*  
Entre los poetas míos  
tiene Manrique un altar.  
Dulce goce de vivir:  
mala ciencia del pasar,  
ciego huir a la mar.  
Tras el pavor del morir  
está el placer de llegar.  
¡Gran placer!  
Más ¿Y el horror de volver?  
¡Gran pesar!<sup>18</sup>.

En él se hallan contenidos los elementos mencionados: el «goce de vivir», el «pavor del morir» y la «ciencia del pasar». La segunda ocasión en que menciona a Jorge Manrique es para ensalzarlo como modelo. Usa de él para explicar el «arte poética» de Juan de Mairena. Según éste, «una intensa y profunda impresión del tiempo sólo nos la dan muy contados poetas. En España, por ejemplo, la encontramos en don Jorge Manrique, en el Romanero, en Bécquer, rara vez en nuestros poetas del siglo de oro». La fuente primero nombrada es Jorge Manrique y la proyección en sus versos de la temporalidad es ensalzada frente al barroco literario que se caracteriza por su «carencia de temporalidad»<sup>19</sup>.

Al tiempo ha dedicado Ricardo Gullón el capítulo VI de su libro *Una poética para Antonio Machado*<sup>20</sup>. En él pone de manifiesto que «El sentimiento del tiempo es en Machado corriente caudalosa; muchas cosas se reflejan en ella y sería irrisorio empeño tratar de reducirlas a sistema». El tiempo y el espacio aparecen —según él— ligados en Machado, «Espacio colorado de tiempo y tiempo espacializado en donde se instalará el poeta»<sup>21</sup>. Tras examinar las diversas manifestaciones del tiempo en Machado y su entronque con Bécquer dice muy acertadamente:

18. *Poesías completas*, pág. 59.

19. *Ibid.*, págs. 251-252 y 256.

20. RICARDO GULLÓN: *Una poética para Antonio Machado* (Madrid: Gredos, 1970), págs. 152-182.

21. *Ibid.*, pág. 153.

«Por escribir desde la mismísima sustancia del tiempo, compenetrado con ella, identificó su poesía con el fluir de lo temporal. Se comprende su devoción por Jorge Manrique, pues saltando sobre los siglos, nadie como él expresó con tanta hermosura emociones análogas. Vistos ahora, con perspectiva suficiente, Manrique y Machado habitan el mismo círculo de la poesía eterna»<sup>22</sup>.

Ramón de Zubiría dedica dos capítulos de su libro *La poesía de Antonio Machado* al «Tema del tiempo» (Cap. I) y a «El verso y la temporalidad» (Cap. V). Ya desde la introducción del libro queda afirmada la importancia del tiempo en Antonio Machado:

Para nosotros es el tiempo, la angustia de lo temporal, eje y raíz de todas sus preocupaciones, tanto en lo poético como en lo filosófico<sup>23</sup>.

Otro extenso estudio del tiempo en Machado es el libro de P. Cerezo Galán, *Palabra en el tiempo*<sup>24</sup>.

Juan Ramón Jiménez llama a Antonio Machado «Poeta de la muerte»<sup>25</sup>. Sin duda, este tema está entroncado en la poesía manriqueña. En unas conversaciones de Antonio Machado con Pascual Plá y Beltrán en Rocafort, lugar levantino, contestó Antonio Machado a la pregunta de si leía su propia poesía con las siguientes palabras:

—Me basta —y su palabra cobró una entonación especial— con leer a Jorge Manrique y a Federico García Lorca<sup>26</sup>.

En *Campos de Castilla* hallamos una reversión de *Las coplas a la muerte de su padre, el maestro don Rodrigo* en el poema «Llanto por las virtudes y coplas por la muerte de don Guido» (pág. 132). Con una finalidad desmitificadora apuntan directamente a hacer crítica social.

Constructiva es, por otra parte, la presencia constante del río Duero en *Campos de Castilla*. La conexión con el río de Jorge Manrique que va a parar al mar, que es el morir, y que simboliza la vida, es inevitable, aunque no explícita. La tierra de Castilla queda personificada en forma casi omnipresente, adquiere una vida, un sentir, unas virtudes y un alma. Es «Tierra del alma» (pág. 104). Sus virtudes son las del asceta y las del guerrero, y su

22. RICARDO GULLÓN: *Una poética para Antonio Machado* (Madrid: Gredos, 1970), pág. 181.

23. RAMÓN DE ZUBIRÍA: *La poesía de Antonio Machado* (Madrid: Gredos, 1959), pág. 18.

24. P. CEREZO GALÁN: *Palabra en el tiempo* (Madrid: Gredos, 1975).

25. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ en «Antonio Machado» en *Antonio Machado: El escritor y la crítica*, edición de R. Gullón y R. Phillips (Madrid: Taurus, 1973), pág. 31.

26. PASCUAL PLÁ Y BELTRÁN: «Mi entrevista con Antonio Machado» en *Antonio Machado: El escritor y la crítica*, pág. 45.

búsqueda del mar de la muerte, del mar de la vida, del mar del ideal es un elemento invariable de su esencia:

¿Acaso como tú y por siempre, Duero,  
irá corriendo hacia la mar Castilla?

(pág. 53)

En él podemos observar la abundante simbología de la temporalidad (el camino, el río, el huerto, el manantial, el mar), sus aspectos filosóficos y su directa relación con la historia.

\* \* \* \* \*

Hay una quinta veta medieval de capital importancia. Está tan clara en *Campos de Castilla* que ha de bastar la constatación de su presencia. Se trata de la influencia de los proverbios morales y filosóficos a la manera de Sem Tob de Carrión. Las máximas y los consejos, las observaciones meditativas breves y sesudas reflejan la búsqueda medieval de la sabiduría. Tal vez demasiado atrevidos para Machado, han dejado huellas menos patentes en sus versos Juan Ruiz y la Celestina, autor y obra que se mencionan en los versos «Al maestro Azorín por su libro *Castilla*» (pág. 105). De la alusión a Ronsard en «Retrato» (pág. 41) no se ocuparán estas páginas por ser irrelevantes en la búsqueda de ese «alma» medieval de Castilla, parte visceral del alma de Antonio Machado.

\* \* \* \* \*

Esta búsqueda de las fuentes medievales de Antonio Machado no debe ser considerada como negación de otras conexiones en obra tan compleja como es la suya. Sin duda los estudios hechos sobre la técnica impresionista, las facetas modernistas, el simbolismo, los aspectos románticos de su obra están bien fundamentados. Parece cierto, de forma paralela, que la presencia de lo medieval en Machado tiene una peculiar intensidad y un carácter radial en su poesía. La aversión por el barroco, expresada por Juan de Mairena, muestra aún más en relieve su preferencia por los aspectos apuntados del medioevo español: se caracteriza el barroco.

1. Por una gran pobreza de intuición.
2. Por su culto a lo artificioso y desdén de lo natural.
3. Por su carencia de temporalidad.
4. Por su culto de lo difícil, artificial y su ignorancia de las dificultades reales.
5. Por su culto a la expresión indirecta, perifrástica, como si ella tuviera por sí misma un valor estético.

6. Por su carencia de gracia.
7. Por su culto supersticioso a lo aristocrático<sup>27</sup>.

En Machado la sencillez, naturalidad, temporalidad, el culto a lo popular y espontáneo, la expresión directa, están sacados de Berceo, Jorge Manrique, el *Poema del Cid* y el Romancero. Con este salto a la Edad Media pasa de largo el barroco y el neoclasicismo. Su desinterés por el pensamiento lógico como expresión de la poesía se expresa de la siguiente forma:

El pensamiento lógico, que se adueña de las ideas y capta lo esencial, es una actividad destemporalizadora. Pensar lógicamente es abolir el tiempo, suponer que no existe, crear un movimiento ajeno al cambio, discurrir entre razones inmutables<sup>28</sup>.

No están, pues, en el empirismo las fuentes del alma machadiana.

Cuando Antonio Machado observa la época en que vive lo hace con frecuencia evocando el pasado medieval. En el poema «A Xavier Valcarce» (página 162) viste a su amigo de caballero medieval:

Y cíñete la espada rutilante,  
y lleva tu armadura,  
el peto de diamante  
debajo de la blanca vestidura.

Lo mismo hace con Azorín en «Envío» (pág. 167):

pero tranquilo, varonil —la espada  
ceñida a la cintura  
y con santo rencor acicalada—  
sereno en el umbral de tu aventura.

Rubén Darío es un «capitán» (pág. 176) y Miguel de Unamuno un jinete quijotesco del intelecto (pág. 180). El mismo quiere dejar su verso

como deja el capitán su espada:  
famosa por la mano viril que la blandiera

(pág. 42)

Crea así una hueste de modernos escritores que van a proceder a la defensa esperanzada de Castilla.

En el espíritu sobrio del labriego, del monje y del guerrero queda cristalizada la «esencia» del alma castellana. Este alma se proyecta en hazañas medievales y renacentistas. Tras esta explicación de *Campos de Castilla* se

27. Sacados de *Poesías completas*, págs. 255 a 258.

28. *Ibid.*, pág. 21.

pretenden dos cosas: una justificación de Castilla en la aciaga época de la desintegración total del período virreinal, y el lanzamiento de una quimera que llene de vitalidad y de esperanza a las futuras generaciones. Ambas, justificación y quimera, tienen como cimiento la potenciación de las virtudes y el rechazo de los vicios de ese alma «medieval» castellana, y para ello es necesario hacer un examen de conciencia. El motivo de ese examen de conciencia es el dolor que siente ante una Castilla públicamente acusada, derrotada en 1898, e incomprendida por sus propios hijos, tras su centenaria aventura de Ultramar.

...Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España  
toda.

La malherida España, de carnaval vestida  
nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda,  
para que no acertara la mano con la herida.

Fue ayer; éramos casi adolescentes; era  
con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,  
cuando montar quisimos en pelo una quimera,  
mientras la mar dormía ahíta de naufragios.

Dejamos en el puerto la sórdida galera,  
y en una nave de oro nos plugo navegar  
hacia los altos mares, sin aguardar ribera,  
lanzando velas y anclas y gobernalle al mar.

Ya entonces, por el fondo de nuestro sueño  
—herencia  
de un siglo que vencido sin gloria se alejaba—  
un alba entrar quería; con nuestra turbulencia  
la luz de las divinas ideas batallaba.

(pág. 169)

Por ello se siente impelido a darnos su propia interpretación. Intenta al mismo tiempo explicar la decadencia española a través de las figuras esperpénticas que aparecen en «Del pasado efímero» (pág. 127) y el «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido» (pág. 132). Los personajes contenidos en ambas son el reflejo de una aristocracia y una burguesía inútiles:

Este hombre no es de ayer ni es de mañana,  
sino de nunca; de la cepa hispana  
no es el fruto maduro ni podrido,  
es una fruta vana  
de aquella España que pasó y no ha sido,  
esa que hoy tiene la cabeza cana.

(pág. 127)

Y la misma crítica de esas figuras causantes de la decadencia que corresponden más que a una clase social a un género y a una especie común se refleja cuando dice:

Esa España inferior que ora y bosteza,  
vieja y tahir, zaragatera y triste;  
esa España inferior que ora y embiste  
cuando se digna usar de la cabeza

(pág. 137)

El romance «La tierra de Alvargonzález» tiene como ingrediente principal la codicia, pero es la lucha intestina la que destroza el poder de España y por extensión de los países hispanos:

Españolito que vienes  
al mundo, te guarde Dios.  
Una de las dos Españas  
ha de helarte el corazón.

(pág. 152)

Junto a esta autocrítica, tan arraigada en el acontecer histórico del pueblo hispano, intenta explicar y justificar la expansión conquistadora de Castilla en la península y en América.

Y lleva a cabo esta tarea en cada línea de *Campos de Castilla*. Cada línea, cada palabra aparece rebosante de amor, incluidas aquellas que contienen una crítica. De ahí esa relación tan íntima con el paisaje y con las gentes. Con frecuencia nos muestra a Castilla pobre y harapienta, pero austera y señorial, como dando a entender que Castilla no se benefició de sus conquistas peninsulares ni indianas. Por ello nos habla de sus «decréptas ciudades» (pág. 44) y de sus «pobres hijos huyendo de sus lares» (pág. 46):

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,  
madrstra es hoy apenas de humildes ganapanes

(pág. 44)

Y ese desprecio ante los valores materiales toma cuerpo no sólo en la solemne manifestación de indiferencia ante la independencia americana, sino ante los últimos cañonazos que anuncian el reparto de sus últimas tierras de Ultramar en 1898, la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Filósofos nutridos de sopa de convento  
contemplan impasibles el amplio firmamento;  
y se les llega en sueños, como un rumor distantes,  
clamor de mercaderes de muelles de Levante,  
no acudirán siquiera a preguntar: ¿qué pasa?

Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.  
 Castilla miserable, ayer dominadora,  
 envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.  
 (pág. 45)

No sabe si admirar o criticar esta actitud. Por eso se limita a constatarla. No, no habla de los mercaderes de Levante; no, Castilla no desprecia cuanto ignora, ignora cuanto desprecia, con el desprecio doloroso del incomprendido. Por eso con el alma Machado le susurra:

¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!  
 ¡Castilla, tus decrepitas ciudades!  
 ¡La agría melancolía  
 que puebla tus sombrías soledades!  
 ¡Castilla varonil, adusta tierra,  
 Castilla del desdén contra la suerte,  
 Castilla del dolor y de la guerra,  
 tierra inmortal, Castilla de la muerte!  
 (pág. 52)

La búsqueda del alma castellana, de los valores aposentados en el caballero, el monje y el labriego, la búsqueda del ideal, la búsqueda de los valores utópicos, la búsqueda de la propia historia toman cuerpo en una forma de fe en la tierra que hace las veces de religión:

¡Y este alma de Azorín... y este alma mía  
 que está viendo pasar, bajo la frente,  
 de una España la inmensa galería,  
 cual pasa del ahogado en la agonía  
 todo su ayer, vertiginosamente!  
 Basta. Azorín, yo creo  
 en el alma sutil de tu Castilla  
 (pág. 167)

Y cuando el sueño de la utopía y la perfección absoluta de Dios se nos muestran inalcanzables e irrepetibles en la realidad material la fe del hombre se pone en el intento, en la búsqueda, en la lucha en pos del ideal. Y para Castilla, la reconquista y la aventura indiana son ese ideal:

creo en la libertad y en la esperanza,  
 y en una fe que nace  
 cuando se busca a Dios y no se alcanza,  
 y en el Dios que se lleva y que se hace.  
 (pág. 167)

Y con esta esperanza exhorta otra vez a la quimera a la búsqueda del ideal, a la reconstrucción de España aún portadora de su arranque caballeresco, sus virtudes monacales y su reciedumbre y sencillez campesinas.

¡Qué importa un día! Está el ayer abierto  
 al mañana, mañana al infinito,  
 hombres de España, ni el pasado ha muerto,  
 ni está el mañana —ni el ayer— escrito.  
 ¿Quién ha visto la faz al Dios hispano?  
 Mi corazón aguarda  
 al hombre ibero de la recia mano,  
 que tallara en el roble castellano  
 el Dios adusto de la tierra parda.

(págs. 50 y 51)

Cierto que pueden resultar herméticos y ajenos estos sentimientos para algunos iberoamericanos. Octavio Paz decía que «Era imposible seguir a Machado y a Unamuno en su regreso a las formas tradicionales. Otro tanto debe decirse del españolismo de algunos de sus poemas —en el sentido un tanto cerrado que esa palabra tiene para nosotros, hispanoamericanos»<sup>29</sup>. No obstante, en sus presentes separados, América y España afirman con sus poetas un ansia de futuro. Gritaba Rubén Darío un poco antes y un poco más fuerte que Machado, en 1904, ante un mismo panorama histórico:

Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
 Hay mil cachorros sueltos del León español<sup>30</sup>.

Es fundamental observar que para Machado esos valores épicos y monásticos no llevarán a España a una nueva aventura épica, sino a un futuro de reconstrucción y de trabajo, la España «del cincel y de la maza».

\* \* \* \* \*

Se ha tratado en estas páginas de poner de manifiesto, sin exclusión de otras muchas presencias, la urdimbre medieval de *Campos de Castilla*, cómo Antonio Machado borda el alma de Castilla, la «esencia» de Castilla, con numerosos hilos medievales. De Berceo toma Antonio Machado la descripción contemplativa de la naturaleza, la gravedad y dulzura de los versos, la serenidad de la monotonía simétrica, la humanidad de su iconografía, la apreciación de la poesía como emanación del corazón. Del *Poema del Cid* toma Machado el fondo espiritual del caballeresco, el sentimiento y la preocupación territorial y el dinamismo estético. Del Romancero salen sus paisajes y sus gentes y, sobre todo, el carácter sencillo y popular de su poesía. De Jorge Manrique su preocupación por el tema de la muerte y la temporalidad de su poesía. Tal vez de Sem Tob, el tono proverbial de su sabiduría.

Y todo esto es cierto no sólo en *Campos de Castilla*. En su afán por descubrir el «alma» de Castilla, descubre Antonio Machado su propia alma. Por

29. OCTAVIO PAZ: «Antonio Machado» en Antonio Machado: *El escritor y la crítica*, pág. 64.

30. RUBÉN DARÍO: «A Roosevelt», *Cantos de vida y esperanza*, 1905.

eso, y aunque las alusiones y referencias al mundo medieval disminuyan o queden olvidadas en el resto de su obra, el estilo de Antonio Machado ya tiene ese sello inconfundible, de soledad, de contemplación, de dulzura, de monotonía, de sencillez, de profundidad, de vibrante amor a la tierra, de caballerosidad, de dinamismo estético, de amor a lo popular, de meditación ante la muerte, de temporalidad y de sabiduría. Estas facetas están presentes como constantes de su estilo en toda su obra poética, y toda ella manifiesta en estos caracteres el substrato medieval sobre el cual se levanta su estructura.

El alma medieval de *Campos de Castilla* es la fuerza que proyecta al pueblo castellano hacia el exterior en su utópica aventura. El alma medieval de *Campos de Castilla* se proyecta en toda la obra poética de Antonio Machado con la misma fuerza expansiva. Quizás porque Antonio Machado tiene el alma medieval del campesino, del monje, del sabio, del caballero, quizás porque éste sea su verdadero «Retrato»<sup>31</sup> lo llamase Camilo José Cela: don Antonio, el Bueno.

NICOLAS TOSCANO  
*University of Dallas*

---

31. CAMILO JOSÉ CELA: *Cuatro figuras del 98 y otros relatos y ensayos españoles* (Barcelona: Editorial Aedos, 1961), págs. 167 y 168.